

# Cómo conseguir un ‘tigre magrebí’

[Francis Ghilès](#)



**A:** Los empresarios mediterráneos

**DE:** Francis Ghilès

**RE:** *El coste del no Magreb*

Más que realizar diagnósticos sobre el estado actual de los países del Magreb y su relación con España y Europa, conviene animar a los actores económicos y culturales a reflexionar sobre los medios necesarios para que el norte de África pueda ocupar en 2020 el lugar que le corresponde y sea escuchado en los países de la orilla septentrional y en el resto del mundo. Las relaciones entre los países magrebíes, y entre éstos y los de Europa, recuerdan a un diálogo de sordos que tiene lugar con el telón de fondo de la creciente diferencia de riqueza entre las dos riberas del Mediterráneo.

Hasta el momento, las dos orillas no han logrado conjugar migraciones internacionales

e integración regional o, dicho de otro modo, promover un juego en el que todos ganen. La reducción del crecimiento demográfico en el Magreb tiene innumerables ventajas económicas y sociales y es necesaria, aunque no suficiente, para la transición democrática.

Sin embargo, sus beneficios son más evidentes para la población

en general que para los recién llegados al mercado de trabajo que van a sumarse a los parados existentes. Superar el rechazo que provoca la fe musulmana —real o supuesta— de estos inmigrantes sigue siendo un desafío para los Estados de las dos orillas.

El cierre de la frontera entre Argelia y Marruecos, la escasez de los intercambios comerciales, financieros y humanos entre países de una región con múltiples vínculos históricos frenan su crecimiento económico y avisan de que les espera un futuro incierto. Todo esto desanima a los inversores privados, tanto nacionales como extranjeros, y estimula la fuga de capitales. Muchos magrebíes sueñan con la construcción de un espacio común económico, cultural y humano que no condene al olvido épocas enteras de su historia.

Hay que afrontar la realidad. China y gran parte de Asia están cambiando de forma radical los esquemas tradicionales de desarrollo en el Magreb y en el Viejo Continente, donde cada vez habrá menos espacio para industrias que creen empleo y respondan a la demanda anunciada para los próximos veinte años. Sin duda, Europa se adaptará a esta situación gracias a su *boom* demográfico a la inversa, pero el Magreb no. En el escenario más optimista, en el que se abre a sí mismo, a la Unión Europea y al mundo, la renta *per cápita* será de 4.000 dólares (unos 3.000 euros) en 2020, lo que no convertiría a la región en un *tigre* precisamente. La falta de cooperación y de integración regional lo que hace es destruir valor: hay demasiadas inversiones de carácter político y pocas rentables económicamente. Cada vez más hombres de negocios, sobre todo del sector privado, piden que la construcción del Magreb se haga desde abajo, desde las empresas. Y cada vez son más las pequeñas y medianas empresas magrebíes que, con valentía y ambición, conciben su desarrollo en un marco regional, fuera de las grandes declaraciones políticas o de los acuerdos marco entre Estados.

### **LA UNIÓN HACE LA FUERZA**

Gracias a su espíritu visionario, los gobernantes de los países del norte de África podrían conseguir, en una generación, poner en marcha un modelo de desarrollo consensuado, superar los obstáculos

que han dificultado el crecimiento económico de la región y crear sinergias que permitan que se integre en la economía mundial, para evitar la marginación que amenaza el Magreb. Ese papel aglutinador sería decisivo, en primer lugar, para crear riqueza y valor añadido; en segundo lugar, para dar respuesta a las necesidades fundamentales de los hogares —tanto en las ciudades como en el campo— y, por último, para superar las consecuencias de la falta de agua, la sequía y la deforestación.

Transformar la política energética en instrumento de desarrollo y no de poder sería revolucionario. Crear una compañía aérea regional de capital privado también lo sería.

Desarrollar *hubs* (centros neurálgicos) regionales y lanzar productos turísticos autóctonos tendría un importante efecto de arrastre económico. Y sería necesario crear bancos privados regionales para garantizar un marco financiero sólido que permita estas políticas. Estos tres ejemplos subrayan la necesidad de desarrollar industrias de servicios regionales que se apoyen en un entorno reglamentario de dimensión magrebí y hagan frente a la competencia europea y mundial, sobre todo porque es a través del intercambio de mercancías como la región podrá crecer más rápido y ofrecer un empleo a sus hijos. El apoyo que ofrece la Unión Europea en el ámbito del Proceso de Barcelona no es despreciable, pero si se desplegara en un Magreb de fronteras abiertas, su eficacia se multiplicaría. La creación de un foro en España en el que se encontraran los poderes públicos y las organizaciones internacionales constituiría una aportación esencial a la renovación de ese proceso.

Considerada como un efecto de la explosión demográfica, la emigración internacional ha sido uno de los motores de la caída de la fecundidad. Gracias a su influencia en sus lugares de origen, los emigrantes magrebíes han acelerado la transformación de los comportamientos en sus países. Hay en ello una ventaja difícilmente cuantificable pero en todo caso muy significativa para la sociedad y la economía magrebíes. Además de las remesas de dinero, durante su estancia en el país de acogida, adquieren ciertos valores. La preferencia por la familia numerosa deja paso a una visión más realista. Esto

no les sucede a los egipcios o sirios que emigran a la península Arábiga: allí se produce una *wahabización* de los valores, no la aceptación de otros individuales como en el caso de la emigración magrebí a Occidente. Pero el éxodo a Europa nunca podrá constituir una alternativa a la absorción de los desempleados por parte de los mercados de trabajo magrebíes. Habrá que esperar hasta 2020 o incluso 2025 para que la transición demográfica tenga efectos visibles en el ámbito laboral.

### **MEDITERRÁNEO SIN FRONTERAS**

A pesar del maná petrolero que ha caído sobre la península Arábiga y de la homogeneidad lingüística (aunque no se debe olvidar que el sustrato del Magreb es bereber), los magrebíes no quieren emigrar a sus países vecinos del Este. No se sienten cómodos en esa parte del mundo. Por otro lado, sorprende la escasez (por no decir inexistencia) de nacionales de unos países magrebíes en los otros. Es un absurdo que en Argelia trabajen 70.000 chinos y sólo 20.000 marroquíes; insulta la memoria de unos pueblos que se ayudaron durante su lucha por la independencia. La creación de un *tigre norteafricano* es inconcebible sin una mayor libertad de circulación de las personas. Los tres países del Magreb central tienen muchísimas más cosas en común que puntos de divergencia. Su historia es mucho menos conflictiva que la europea. Han compartido la colonización francesa, la *gran aventura* de la emigración al Norte, la adopción de una lengua casi nacional común (el francés) y la convergencia de sus estructuras económicas.

La diáspora piensa cada vez más en términos del Magreb: no puede dialogar ni con las élites políticas de la región, que siguen siendo muy nacionalistas, ni con las europeas, en las que están poco representados. Los intelectuales hacen un esfuerzo de concertación, de pensar la región, y los empresarios, por eficacia, parecen querer pisarles los talones. Para ellos, el proyecto magrebí se parece mucho más a una apuesta de futuro que a una lectura emocional del pasado. Si este movimiento se extendiera, su influencia sería muy beneficiosa para el desarrollo económico e intelectual del Magreb. Sus jóvenes deberían estar más presentes en estos debates: son ellos los

que representan el futuro y quienes buscan trabajo. Las medidas administrativas cada vez más restrictivas que les impiden descubrir tanto a sus vecinos como a sus pares europeos son aún más graves en la medida en que la juventud constituye más del 60% de la población. Su prisma de lectura es diferente respecto al de las generaciones en el poder. Sus códigos de comunicación son diferentes y sus aspiraciones, que no difieren demasiado de un país a otro, no son bien comprendidas, ni siquiera percibidas, por las políticas que se llevan a cabo en ambas orillas, ya que los raros canales de comunicación que existen están sesgados.

### **EMPRESARIOS DE VANGUARDIA**

Todas las tentativas de estos últimos cuarenta años

de integrar las economías de los países del Magreb han fracasado. ¿Será diferente en el futuro? La respuesta es acuciante, porque estos Estados necesitarán todavía 20 años para alcanzar el PNB (producto nacional bruto) *per cápita* de los menos ricos de la OCDE, aunque desde hace unos años han recuperado índices de crecimiento del PIB (producto interior bruto) del orden del 4% o 5% anual. El paro es aún elevado: alcanza el 20% entre los jóvenes de los tres países. La integración aumentaría el crecimiento, ya que estimularía la competencia entre los productores magrebíes y haría surgir un mercado de 75 millones de personas. Con ello, la región sería mucho más atractiva para los inversores extranjeros.

Los beneficios de una integración más profunda dependen, no obstante, de que incluya a sectores que a menudo se han dejado de lado: los servicios y el marco regulador (de los servicios financieros, las telecomunicaciones, la competencia...). La liberalización del movimiento de mercancías no es en sí una panacea.

Los países del Magreb están tan mal integrados entre sí como en la economía mundial. La inversión directa extranjera (IDE) es escasa en comparación con regiones similares en el resto del mundo. Hasta el momento, estas entradas de capital no han sido tan grandes como se esperaba, pero hay ciertos signos prometedores y, aunque sea lentamente,

se diversifican las exportaciones de Marruecos y, sobre todo, de Túnez. Unas 650 empresas tunecinas están inscritas en el registro de comercio de Argelia, 70 de las cuales tienen una presencia económica. Las marroquíes las imitarán pronto. Estos signos, por modestos que parezcan, avanzan una evolución deseada por los empresarios privados que está llamada a adquirir una importancia creciente. En este aspecto, la competencia de los países asiáticos está desempeñando, tal vez, un papel más importante que los acuerdos cerrados con la Unión Europea.

Entre los escenarios propuestos por el Banco Mundial para 2020, el más prometedor prevé una fuerte cohesión en la región que incluiría los servicios y el marco reglamentario y que iría acompañada de más integración comercial con la Unión Europea y una mayor apertura al resto del mundo. Este panorama ofrece posibilidades de crecimiento del PIB real para 2020, de un 57%, un 38% y un 51% respectivamente para Argelia, Marruecos y Túnez. Es lo que podríamos calificar como regionalismo abierto. Esta perspectiva, por utópica que pueda parecer hoy, tiene el mérito de sugerir que el futuro no está perdido. Mientras esperan a que se manifieste una voluntad política fuerte, las empresas pueden al menos anticiparse, teniendo siempre en cuenta sus intereses.

La confianza que resultaría de la reapertura de la frontera entre Marruecos y Argelia es imposible de calcular a escala regional, como también lo es la capacidad de las poblaciones de los tres países de recuperar la costumbre de trabajar juntos, aún tan viva en la memoria. Basta con escuchar a los empresarios para comprender que esos hombres que han gestionado la energía, construido fábricas, comprado otras, exportado o negociado en circunstancias difíciles pueden ayudar a llevar a cabo el proyecto de un espacio económico común que ya están, aunque sea a pequeños pasos, construyendo. Más allá de los escenarios, por otro lado muy útiles, del Banco Mundial y de los economistas, por muy expertos que sean, los ingredientes del éxito

están ahí y el efecto palanca de la recuperación de la confianza en el futuro de la región, de una región abierta al mundo, sería considerable. Por el momento, son demasiados los proyectos de inversiones de unos en los países de los otros que están en compás de espera.

La perspectiva de apertura de las fronteras y del marco regulador también harían entrar en escena a la numerosa diáspora magrebí y su papel esencial en la modernización de la economía y de las mentalidades en la región. El impacto potencial de los cientos de miles de personas de origen magrebí con cualificación profesional y propietarios de empresas en Europa y América, por no hablar del golfo Pérsico, depende de las decisiones de los dirigentes políticos y de que éstos acepten abandonar el férreo nacionalismo de las políticas desarrolladas desde la independencia.

La responsabilidad de los empresarios magrebíes también es evidente. La juventud de sus negocios, la falta de madurez de muchos de ellos y la escasa tradición de empresas privadas las han condenado a la colusión con el poder. La creatividad, el deseo de libertad de acción y la voluntad de construir, desde abajo, una entidad magrebí desde las empresas es, sin embargo, cada vez más patente.



**A: Los empresarios mediterráneos**

**DE: Francis Ghilès**

**RE: *El coste del no Magreb***

Más que realizar diagnósticos sobre el estado actual de los países del Magreb y su relación con España y Europa, conviene animar a los actores económicos y culturales a reflexionar sobre los medios necesarios para que el norte de África pueda ocupar en 2020 el lugar que le corresponde y sea escuchado en los países de la orilla septentrional y en el resto del mundo. Las relaciones entre los países magrebíes, y entre éstos y los de Europa, recuerdan a un diálogo de sordos que tiene lugar con el telón de fondo de la creciente diferencia de riqueza entre las dos riberas del Mediterráneo.

Hasta el momento, las dos orillas no han logrado conjugar migraciones internacionales e integración regional o, dicho de otro modo, promover un juego en el que todos ganen. La reducción del crecimiento demográfico en el Magreb tiene innumerables ventajas económicas y sociales y es necesaria, aunque no suficiente, para la transición democrática. Sin embargo, sus beneficios son más evidentes para la población en general que para los recién llegados al mercado de trabajo que van a sumarse a los parados existentes. Superar el rechazo que provoca la fe musulmana —real o supuesta— de estos inmigrantes sigue siendo un desafío para los Estados de las dos orillas.

El cierre de la frontera entre Argelia y Marruecos, la escasez de los intercambios comerciales, financieros y humanos entre países de una región con múltiples vínculos históricos frenan su crecimiento económico y avisan de que les espera un futuro incierto. Todo esto desanima a los inversores privados, tanto nacionales como extranjeros, y estimula la fuga de capitales. Muchos magrebíes sueñan con la construcción de un espacio común económico, cultural y humano que no condene al olvido épocas enteras de su historia.

Hay que afrontar la realidad. China y gran parte de Asia están cambiando de forma radical los esquemas tradicionales de desarrollo en el Magreb y en el Viejo Continente, donde cada vez habrá menos espacio para industrias que creen empleo y respondan a la demanda anunciada para los próximos veinte años. Sin duda, Europa se adaptará a esta situación

gracias a su *boom* demográfico a la inversa, pero el Magreb no. En el escenario más optimista, en el que se abre a sí mismo, a la Unión Europea y al mundo, la renta *per cápita* será de 4.000 dólares (unos 3.000 euros) en 2020, lo que no convertiría a la región en un *tigre* precisamente. La falta de cooperación y de integración regional lo que hace es destruir valor: hay demasiadas inversiones de carácter político y pocas rentables económicamente. Cada vez más hombres de negocios, sobre todo del sector privado, piden que la construcción del Magreb se haga desde abajo, desde las empresas. Y cada vez son más las pequeñas y medianas empresas magrebíes que, con valentía y ambición, conciben su desarrollo en un marco regional, fuera de las grandes declaraciones políticas o de los acuerdos marco entre Estados.

### **LA UNIÓN HACE LA FUERZA**

Gracias a su espíritu visionario, los gobernantes de los países del norte de África podrían conseguir, en una generación, poner en marcha un modelo de desarrollo consensuado, superar los obstáculos que han dificultado el crecimiento económico de la región y crear sinergias que permitan que se integre en la economía mundial, para evitar la marginación que amenaza el Magreb. Ese papel aglutinador sería decisivo, en primer lugar, para crear riqueza y valor añadido; en segundo lugar, para dar respuesta a las necesidades fundamentales de los hogares —tanto en las ciudades como en el campo— y, por último, para superar las consecuencias de la falta de agua, la sequía y la deforestación.

Transformar la política energética en instrumento de desarrollo y no de poder sería revolucionario. Crear una compañía aérea regional de capital privado también lo sería.

Desarrollar *hubs* (centros neurálgicos) regionales y lanzar productos turísticos autóctonos tendría un importante efecto de arrastre económico. Y sería necesario crear bancos privados regionales para garantizar un marco financiero sólido que permita estas políticas. Estos tres ejemplos subrayan la necesidad de desarrollar industrias de servicios regionales que se apoyen en un entorno reglamentario de dimensión magrebí y hagan frente a la competencia europea

y mundial, sobre todo porque es a través del intercambio de mercancías como la región podrá crecer más rápido y ofrecer un empleo a sus hijos. El apoyo que ofrece la Unión Europea en el ámbito del Proceso de Barcelona no es despreciable, pero si se desplegara en un Magreb de fronteras abiertas, su eficacia se multiplicaría. La creación de un foro en España en el que se encontraran los poderes públicos y las organizaciones internacionales constituiría una aportación esencial a la renovación de ese proceso.

Considerada como un efecto de la explosión demográfica, la emigración internacional ha sido uno de los motores de la caída de la fecundidad. Gracias a su influencia en sus lugares de origen, los emigrantes magrebíes han acelerado la transformación de los comportamientos en sus países. Hay en ello una ventaja difícilmente cuantificable pero en todo caso muy significativa para la sociedad y la economía magrebíes. Además de las remesas de dinero, durante su estancia en el país de acogida, adquieren ciertos valores. La preferencia por la familia numerosa deja paso a una visión más realista. Esto no les sucede a los egipcios o sirios que emigran a la península Arábiga: allí se produce una *wahabización* de los valores, no la aceptación de otros individuales como en el caso de la emigración magrebí a Occidente. Pero el éxodo a Europa nunca podrá constituir una alternativa a la absorción de los desempleados por parte de los mercados de trabajo magrebíes. Habrá que esperar hasta 2020 o incluso 2025 para que la transición demográfica tenga efectos visibles en el ámbito laboral.

### **MEDITERRÁNEO SIN FRONTERAS**

A pesar del maná petrolero que ha caído sobre la península Arábiga y de la homogeneidad lingüística (aunque no se debe olvidar que el sustrato del Magreb es bereber), los magrebíes no quieren emigrar a sus países vecinos del Este. No se sienten cómodos en esa parte del mundo. Por otro lado, sorprende la escasez (por no decir inexistencia) de nacionales de unos países magrebíes en los otros. Es un absurdo que en Argelia trabajen 70.000 chinos y sólo 20.000 marroquíes; insulta la memoria de unos pueblos que se ayudaron durante su lucha por la independencia. La creación de un *tigre norteafricano*

es inconcebible sin una mayor libertad de circulación de las personas. Los tres países del Magreb central tienen muchísimas más cosas en común que puntos de divergencia. Su historia es mucho menos conflictiva que la europea. Han compartido la colonización francesa, la *gran aventura* de la emigración al Norte, la adopción de una lengua casi nacional común (el francés) y la convergencia de sus estructuras económicas.

La diáspora piensa cada vez más en términos del Magreb: no puede dialogar ni con las élites políticas de la región, que siguen siendo muy nacionalistas, ni con las europeas, en las que están poco representados. Los intelectuales hacen un esfuerzo de concertación, de pensar la región, y los empresarios, por eficacia, parecen querer pisarles los talones. Para ellos, el proyecto magrebí se parece mucho más a una apuesta de futuro que a una lectura emocional del pasado. Si este movimiento se extendiera, su influencia sería muy beneficiosa para el desarrollo económico e intelectual del Magreb. Sus jóvenes deberían estar más presentes en estos debates: son ellos los que representan el futuro y quienes buscan trabajo. Las medidas administrativas cada vez más restrictivas que les impiden descubrir tanto a sus vecinos como a sus pares europeos son aún más graves en la medida en que la juventud constituye más del 60% de la población. Su prisma de lectura es diferente respecto al de las generaciones en el poder. Sus códigos de comunicación son diferentes y sus aspiraciones, que no difieren demasiado de un país a otro, no son bien comprendidas, ni siquiera percibidas, por las políticas que se llevan a cabo en ambas orillas, ya que los raros canales de comunicación que existen están sesgados.

### **EMPRESARIOS DE VANGUARDIA**

Todas las tentativas de estos últimos cuarenta años

de integrar las economías de los países del Magreb han fracasado. ¿Será diferente en el futuro? La respuesta es acuciante, porque estos Estados necesitarán todavía 20 años para alcanzar el PNB (producto nacional bruto) *per cápita* de los menos ricos de la OCDE, aunque desde hace unos años han recuperado índices de crecimiento del PIB (producto interior bruto)

del orden del 4% o 5% anual. El paro es aún elevado: alcanza el 20% entre los jóvenes de los tres países. La integración aumentaría el crecimiento, ya que estimularía la competencia entre los productores magrebíes y haría surgir un mercado de 75 millones de personas. Con ello, la región sería mucho más atractiva para los inversores extranjeros.

Los beneficios de una integración más profunda dependen, no obstante, de que incluya a sectores que a menudo se han dejado de lado: los servicios y el marco regulador (de los servicios financieros, las telecomunicaciones, la competencia...). La liberalización del movimiento de mercancías no es en sí una panacea.

Los países del Magreb están tan mal integrados entre sí como en la economía mundial. La inversión directa extranjera (IDE) es escasa en comparación con regiones similares en el resto del mundo. Hasta el momento, estas entradas de capital no han sido tan grandes como se esperaba, pero hay ciertos signos prometedores y, aunque sea lentamente, se diversifican las exportaciones de Marruecos y, sobre todo, de Túnez. Unas 650 empresas tunecinas están inscritas en el registro de comercio de Argelia, 70 de las cuales tienen una presencia económica. Las marroquíes las imitarán pronto. Estos signos, por modestos que parezcan, avanzan una evolución deseada por los empresarios privados que está llamada a adquirir una importancia creciente. En este aspecto, la competencia de los países asiáticos está desempeñando, tal vez, un papel más importante que los acuerdos cerrados con la Unión Europea.

Entre los escenarios propuestos por el Banco Mundial para 2020, el más prometedor prevé una fuerte cohesión en la región que incluiría los servicios y el marco reglamentario y que iría acompañada de más integración comercial con la Unión Europea y una mayor apertura al resto del mundo. Este panorama ofrece posibilidades de crecimiento del PIB real para 2020, de un 57%, un 38% y un 51% respectivamente para Argelia, Marruecos y Túnez. Es lo que podríamos calificar

como regionalismo abierto. Esta perspectiva, por utópica que pueda parecer hoy, tiene el mérito de sugerir que el futuro no está perdido. Mientras esperan a que se manifieste una voluntad política fuerte, las empresas pueden al menos anticiparse, teniendo siempre en cuenta sus intereses.

La confianza que resultaría de la reapertura de la frontera entre Marruecos y Argelia es imposible de calcular a escala regional, como también lo es la capacidad de las poblaciones de los tres países de recuperar la costumbre de trabajar juntos, aún tan viva en la memoria. Basta con escuchar a los empresarios para comprender que esos hombres que han gestionado la energía, construido fábricas, comprado otras, exportado o negociado en circunstancias difíciles pueden ayudar a llevar a cabo el proyecto de un espacio económico común que ya están, aunque sea a pequeños pasos, construyendo. Más allá de los escenarios, por otro lado muy útiles, del Banco Mundial y de los economistas, por muy expertos que sean, los ingredientes del éxito están ahí y el efecto palanca de la recuperación de la confianza en el futuro de la región, de una región abierta al mundo, sería considerable. Por el momento, son demasiados los proyectos de inversiones de unos en los países de los otros que están en compás de espera.

La perspectiva de apertura de las fronteras y del marco regulador también harían entrar en escena a la numerosa diáspora magrebí y su papel esencial en la modernización de la economía y de las mentalidades en la región. El impacto potencial de los cientos de miles de personas de origen magrebí con cualificación profesional y propietarios de empresas en Europa y América, por no hablar del golfo Pérsico, depende de las decisiones de los dirigentes políticos y de que éstos acepten abandonar el férreo nacionalismo de las políticas desarrolladas desde la independencia.

La responsabilidad de los empresarios magrebíes también es evidente. La juventud de sus negocios, la falta de madurez de muchos de ellos y la escasa tradición de empresas privadas las han condenado a la colusión con el poder. La creatividad, el deseo de libertad de acción

y la voluntad de construir, desde abajo, una entidad magrebí desde las empresas es, sin embargo, cada vez más patente.

---

Francis Ghilès es investigador principal del IEMed (Instituto Europeo del Mediterráneo) y coordinó el seminario Del coste del no Magreb al tigre norteafricano, organizado en Madrid los días 25 y 26 de mayo por el IEMed y el Centro Internacional de Toledo para la Paz. Las ponencias presentadas en esas jornadas, en las que se basa este memorándum, pueden consultarse en las webs de ambas instituciones ([www.iemed.org](http://www.iemed.org) y [www.toledopax.org](http://www.toledopax.org)).

**Fecha de creación**

29 agosto, 2007